

PIEDRA A PIEDRA

Por Padre Pedro José Ynaraja

Algunas de las grandes catedrales europeas, la maravillosa de Chartres es un ejemplo, se edificaron gracias a la aportación de materiales que aportaban los peregrinos. De lejos cargaban con una piedra, que depositarían al pie de la edificación, que así progresaría. En otro lugar y época, me refiero a Montserrat, en la post guerra civil española, lo que hoy llaman trono de la Virgen, y que en realidad es un recinto, se hizo con aportaciones, a veces minúsculas de devotos de Santa María. Lo que cuento es seguro, ya que el artífice del proyecto, el P. Franquesa, me lo explicó personalmente. Se le ocurrió a este buen monje, que el tal ámbito fuera resultado de la colaboración del devoto pueblo cristiano. En primer lugar, para expresar simbólicamente que reinaba sobre la singular montaña, solicito a los montañeros, que subieran a cada uno de los picos y de su cima escogieran un fragmento, levantarán acta del hecho allí mismo, y lo depositaran en la basílica. La imagen hoy, reposa, sobre trescientos y pico pedruscos, que aportaron los ilusionados escaladores. Muchos fieles se presentaban con sus joyas personales, para que se fundieran y se hiciera el "trono" de la Santa Señora. Traía una viejecita el anillo de casada, otra los primeros pendientes que le regalaron, para que cumplieran la misma función. Desde que el buen monje me lo explicó, contemplo admirado aquellas puertas de plata, que hasta entonces había mirado con indiferencia y hasta cierto recelo.

La grandiosa y admirable catedral francesa y el recinto venerable de la imagen patrona de Cataluña, es fruto de individuales aportaciones, sin ignorar proyectos arquitectónicos y pictóricos, a cuya autoría sí se le ha dado publicidad. Por mucho que me puedan gustar los frescos de Obiols, me conmueven más los anónimos gramos del precioso metal de la viejecita, tal vez analfabeta, de aquella otra persona que sufría los recientes estragos de la contienda, sin importarle quien los había provocado, y que entregó un brazalete o una aguja de corbata, que los subió a pie y cedió para que luciera la talla de Santa María.

La evangelización de nuestras comunidades hoy, algunas de ellas en total deterioro, necesitan una labor entusiasmada, anónima, tal vez ignorante de las últimas aportaciones de los teólogos más avanzados, pero fruto de una ingenua Fe, amalgama de palabra amiga y oración.

No dudo que congresos y reuniones despampanantes sean necesarias, pero la acción sencilla de la monja que atiende a un desamparado, pienso ahora en el

Cottolengo, en los voluntarios y voluntarias que allí encuentro. En los que acompañarán a enfermos a Lourdes. En los que dedican tantas horas a necesitados, sean pobres de solemnidad, trabajadores en paro, simples ciudadanos que la actual crisis les ha hecho venir a menos y se avergüenzan de su situación ante vecinos y tal vez ante sus mismos hijos y tantos de estos, acogidos por buena gente de Caritas. Recuerdo a un hombre que sufre los desaires de su esposa, que le ha abandonado y de su hija que huye de su Fe y de su cariño. Sufre sí, pero que su capacidad de amor y de servicio la ejerce trasladando con su utilitario a discapacitados. No olvido a otros que acuden a comedores sociales a servir en las mesas o a lavar los platos. En simpáticos, o por lo menos ilusionados y honrados jóvenes, que dan testimonio de su Fe entre los compañeros de clase o facultad, aparentemente sin éxito en sus discusiones, pero que dejan huella en ellos y la noticia de que Cristo es amigo fiel que aporta Esperanza... Son sueños de gente despierta, como proclamaban entusiasmados los asistentes que cerraron el reciente encuentro mundial de matrimonios, que se ha celebrado en Milán. Con piedras no mayores que un adoquín se levantaron muros de Chartres, con acciones como las que he descrito, unidas con la argamasa de los anónimos monjes y monjas, que interceden de continuo, se dará un vuelco a la vida espiritual y religiosa de nuestra maltrecha civilización occidental, enferma de esperanza y contagiada de maligno aburguesamiento. Y que no se olvide que todos estos, son los más auténtico indignados, dicho en lenguaje de moda.